

Pero esta presentación no le hace justicia. Por eso hay que recurrir a la valiosa obra que constituyen sus *Recuerdos de un diplomático*, que la Editorial Andrés Bello viene publicando desde 1984. En el tomo primero cuenta los inicios de su carrera desde el cargo de Oficial Supernumerario grado 22, en 1933, hasta su designación como embajador en Austria y Ministro Consejero en Yugoslavia en 1957. El tomo segundo ilustra acerca de numerosas misiones internacionales. El tomo tercero describe sus múltiples tareas como embajador en Francia y nos entrega un excelente retrato de De Gaulle y de otros políticos, con referencias a la "revolución de mayo" de 1968, iniciada por los estudiantes universitarios y liderada por Cohn-Bendit, "Dany el rojo".

El cuarto tomo tiene un interés muy actual porque es una detallada relación como representante chileno ante el Papa, mediador en el conflicto austral con Argentina y que estuvo a punto de desembocar en una guerra fratricida de no haber sido por la inestimable mediación del Vaticano.

En todos los volúmenes, Bernstein se revela como un extraordinario cronista. Da la impresión de que durante todas sus gestiones llevó acuciosos apuntes, un "diario". De no ser así, quiere decir que estamos en presencia de un caso de portentosa memoria, sólo comparable a esa especie de banco de datos y computadora que era Benjamín Cohen, el segundo hombre de las Naciones Unidas cuando se fundó la organización mundial en Lake Success, Flushing Meadows. Su obra total es un verdadero curso de formación y ejercicio diplomáticos y a la vez un modelo de crónicas acerca de acontecimientos decisivos. Nos hace recordar a un maestro del periodismo que al consultarle cómo comenzar un reportaje nos decía: "Escriba como si lo estuviera viendo". En el último tomo de estas memorias uno está "viendo" las cosas, asistiendo a las reuniones, emocionándose, condenando o aplaudiendo, tal es la vivacidad y precisión de las entrevistas y pormenores de tan difícil proceso que terminó con el Tratado de Paz y Eterna Amistad entre dos naciones de común destino.

Sin decirlo, Enrique Bernstein define lo que debe ser un diplomático de carrera, objetivo, sin que interfieran sus personales preferencias políticas; por encima de las contiendas, como proclamaba Henry Barbusse: "He laborado con nueve presidentes de la república y con treinta y nueve ministros de Relaciones Exteriores. Apliqué fielmente y sin desmayos el viejo lema británico: *Right or wrong, my country*, vale decir: aunque mi patria esté equivocada, es mi patria y debo servirla en la mejor forma".

Por eso es que habiendo jubilado en 1976 fue llamado por el gobierno para recorrer junto a un extraordinario equipo de asesores el duro camino hacia la paz. La obra es un gran aporte para la historia de Chile y documento de consulta para la prensa y otros sectores profesionales.

TITO CASTILLO

<https://doi.org/10.29393/At459-41NPTC10041>

EL NIÑO DEL PASAJE

De Manuel Peña Muñoz

Editorial Andrés Bello. 1989.

Cuando en nuestro país se dice que alguien es porteño, no es necesario más para saber que es de Valparaíso. Esto no significa que no existan otros puertos, pero el de la Quinta Región es tan especial que pareciera ser el único. Como ciudad, Valparaíso tiene carácter y además característica por su heterogénea arquitectura donde se mezclan muchas épocas y todos los estilos, por sus cerros, sus ascensores, sus leyendas, sus incendios y sus negocios que persisten en seguir siendo

antiguos. Artistas y escritores de todo el mundo han pintado sus muelles, sus barcos y sus laberínticas calles "trepadoras" o lo han convertido en escenario para sus novelas y en motivo poético.

Con mayor razón lo ha hecho Manuel Peña Muñoz, nacido en Valparaíso y enamorado de su puerto, de cuya fascinación no ha podido evadirse. Lo demuestra con *El niño del pasaje*, un hermoso libro con el cual participó en el concurso de novela de la Editorial Andrés Bello. No obtuvo el primer premio, pero seguramente recibirá otro galardón más valioso, que es el favor de los lectores. Lo que más atrae es su estructura en capítulos que parecen independientes, pero que tienen un nexo común: un pasaje con numerosas casas habitadas por personas solas o por familias de emotivos rasgos humanos. Es una vecindad que conforma un verdadero universo.

Valparaíso por muchas décadas fue una población de "colonias" extranjeras o extranjerizantes. Quedan todavía reminiscencias de las familias inglesas, italianas y españolas. De las colectividades británicas venidas a menos, en un pasado no muy lejano, trata en gran parte esta obra, con buenos ingredientes de amenidad y poesía. Es un memorial de la infancia que transcurre en "cierta desaparecida manera de vivir". Y Manuel Peña lo hace con naturalidad, factor indispensable en literatura, según lo señalaba Joaquín Edwards Bello, otro porteño que describió en miles de páginas ese Valparaíso inverosímil "en el cual uno podría vivir cien años y no conocer la mitad más sabrosa de él".

Uno empieza *El niño del pasaje* y no lo suelta hasta el final. Es que posee esa alquimia personalísima que se llama originalidad. Volvemos a citar a Edwards Bello porque sus palabras calzan perfectamente con esta novela hecha de varias crónicas: "En literatura hay algo de origen misterioso. A algunos autores no los lee nadie, aunque hagan filigranas; a otros, el público los lee y los leerá siempre, aunque escriban sobre la cuadratura del círculo".

Y éste es el caso. Esas nostálgicas remembranzas, esos viejos barrios, el Paseo Atkinson, que pintó Helsby, los marinos mercantes, las boticas, las primeras radios, el despertar adolescente, todo eso es un rico material que ha sido elaborado con mano maestra por un joven escritor que ha entrado por la puerta ancha al mundo literario de Chile. Aunque haya pasado tiempo, podría considerarse su libro como un homenaje a los 450 años de la fundación de Valparaíso.

TITO CASTILLO